

---

## ACERCA DEL INCONSCIENTE\*

Isidoro Berenstein

Una vacilación recorre el psicoanálisis entre los conceptos de lo individual y el de la relación con el otro o entre sujeto del inconsciente y sujeto del vínculo, y entre lo ya inscripto y la inscripción de lo nuevo. La representación de lo producido en el “entre dos” es considerada una prolongación proyectiva de los registros de cada uno de ellos, o sea de uno. Es decir, desde lo individual esas representaciones o los objetos, en términos de mundo interno, son proyectados en la relación, lo cual nos pone sobre el tema de la ausencia y la presencia. Porque repararemos que si para el mundo interno el otro es ausente y lo presente es el objeto, para la inscripción del vínculo con el otro y la producción del sujeto del vínculo, el otro y el cuerpo del otro es presente y lo ausente pasará a ser lo de la singularidad de cada sujeto no compatible con el vínculo. Es lo que llamamos “lo ajeno”. Como es un existente no inscripto tiende a volver a ocupar su lugar en el vínculo y obliga a un trabajo de renovada exclusión porque le acompaña el sentimiento de que su emergencia puede desestructurar el vínculo y al propio sujeto. Ello lleva a nuevas producciones simbólicas que generan una ampliación de la relación. Otras veces y cuando no es posible significar esa vuelta de lo que tiene la obligación de quedar fuera, el yo recurre a suprimirlos.

---

\* Trabajo presentado en el II Symposium: El Inconsciente en el Psicoanálisis actual: Teoría y Técnica. 3 de Diciembre de 1999. Panel de Apertura.

Cómo se va entreviendo, una consideración sobre lo inconsciente debería incluir las categorías de presencia y ausencia, de cuerpo erógeno, del espacio psíquico donde tengan lugar las formas de representación y de presentación, y de memoria o evocación correspondiente a la primera y dé posibilidad de marca e inscripción para la segunda. Habremos de incluir lo irrepresentable como un existente y no solo como falta de representación. Comenzaré con una proposición: El sujeto es singular y es vincular y verlo separado o recortado-delimitado por la piel es resultado de la percepción consciente y de la resistencia (Adenda I). El vínculo con otro no pasa por la percepción y su presentación produce una inscripción que excede la representación inconsciente que caracteriza lo singular. Como esta última se liga con una memoria hay una pérdida de sentido por un lado y por otro lado hay producción de sentido por parte del yo respecto del momento originario. El deseo inconsciente es en dirección al otro a quien ubica como objeto de la pulsión u objeto de amor y mueve al sujeto a vincularse, pero vincularse excede el deseo inconsciente, así como el otro excede al objeto proyectado.

En el vínculo entre un sujeto con la represión constituida (la madre o los padres, previo a la diferencia entre los sexos) y otro sujeto en vías de constituirse (el bebé), la supresión originaria es una operación inicial, consiste en desconocer lo ajeno del otro. Se instituye el vínculo y puede comenzar entonces, en el bebé, la tarea de contrainvestidura con la constitución de lo inconsciente singular y de la represión primera. En realidad debería pensarse ambos procesos como ocurriendo al mismo tiempo. Hay una imposibilidad estructural de permanecer unidos, por eso deberán devenir vinculados. (Adenda II) Si estuvieran unidos no requerirían vincularse. Estar vinculado requiere otra operación psíquica además de estar juntos. Una condición del vínculo es la presencia irreductible del otro y le es inherente la tendencia a la estabilidad. Es notable la tendencia a conservar el vínculo a cualquier precio, aún a costa de mutilaciones en el propio yo.

El otro también se constituye por su ajenidad como un límite para el yo. No podría describirse al vínculo sin incluir lo irrepresentable y la tendencia nunca completa a la inscripción de lo nuevo en el psiquismo y en la constitución de la subjetividad. Debiera entenderse como “nuevo” aquello producido que no existía previamente, o sea sin representación previa. Lo irrepresentable es todo aquello que siendo tanto consciente

como inconsciente no es accesible a ser representado, hasta tanto no sea previamente inscripto, paso previo para hacerlo existente en la mente, ya que cuando no lo es aparece como un mundo de percepciones internas-externas, como una no ausencia y una no presencia. Lo irrepresentable tiene un régimen de ser propio y distinto al de la representación. Pero es posible que nada se pueda decir de lo irrepresentable como virtud de lo nuevo hasta que no esté representado y cuando lo está dejó de ser irrepresentable. Es una de las paradojas constitutivas de la subjetividad. Lo irrepresentable se levanta ante el yo en el vínculo con otro y lo que puede representar es lo del vínculo que se inscribe en el yo, pero no lo del otro como ajeno, aquello existente no posible de inscribir.

Lo inscripto permite la investidura de ese registro y el recorrido por otras representaciones del otro y conlleva esa operación agregada consistente en considerar el vínculo como algo más ligado al sentido de estar ligados que a un recuerdo inscripto como una huella perceptiva de estar próximos en el espacio y el tiempo y que inevitablemente tiene una marca de equívoco o de malentendido. Es el sentido lo que liga y es este mismo sentido lo que lleva a encontrar al otro corrido de su lugar y tiempo supuesto original, corrimiento que genera un sinsentido. "Sinsentido" es el estado emocional de carencia de las inscripciones por la cual el yo creyendo ser sujeto de ese vínculo siente que no está en él hasta que una nueva inscripción le muestra su pertenencia a ese vínculo. Todos recordarán la desesperante afirmación dicha como reproche al otro con el cual uno está vinculado y que le recuerda a uno formas de ser indeseables: "Pero yo con otros soy distinto, soy de otra manera" – dice. Y tiene razón, en otro vínculo es un sujeto otro. Y no obstante la relación mantiene el sentido de pertenecer a un vínculo. El vínculo es lo inconsciente en su mayor densidad: es lo que establece una vivencia de continuidad entre los yoes basada en un sentimiento de pertenencia al vínculo no percibido por la consciencia que en cambio da la percepción de discontinuo.

El analista deberá estar alerta para que algunos aspectos de la ajenidad pueden no surgir en el encuadre de la sesión individual y sí en el de las sesiones vinculares: el psicoanálisis de pareja o de familia. Quizá luego encontremos una formulación adecuada a esta afirmación técnica. La experiencia con lo que es específicamente el otro a manera de presentación deja una marca, nueva señal donde antes no la había. Aunque

puede ser casualmente producida, si perdura y ejerce efecto pasa a ser inscripción. Para pensarlo tomemos un ejemplo del derecho. Cuando en un caso judicial hay un veredicto primero, es decir que no hubo antes, se dice que sienta jurisprudencia. A partir de ahí se convierte en necesaria referencia y desde allí ha de perdurar. Pero aún no está inscripto y recién cuando lo es como una escritura, se produce como ley y deberá estar ligada a un poder que le haga mantenerse y persistir.

La marca puede persistir o desaparecer. Si ocurre lo primero, es un hecho destinado a ejercer efectos en el sujeto. La ajenidad hace marca en uno y también en el otro. Su inclusión en una memoria a la manera de una escritura o sea en el intento de persistir en la subjetividad por acción del yo la convierte en inscripción (1). Tanto si es individual como si son vinculares o sociales las marcas que devienen inscripciones remiten a experiencias vinculares y vinculantes. De una manera esquemática se llama individual a lo que arbitrariamente decimos ocurre en lo interior del sujeto o en el mundo interno; vincular a lo dado en el "entre dos" o mas, diferenciando si ocurren en el orden del parentesco o por fuera de él, pero con dos o más particularizados. Llamamos social a ese conjunto compuesto de otros indiferenciados pero que se corporiza en determinados personajes que representan lo político, lo religioso, lo económico o la clase social. Estos tres mundos dejan marcas que pueden devenir o no inscripciones. Conviene considerar en cada una de ellas un origen específico. Sólo una parte de las especificaciones son transferibles de uno a otro mundo y muchas de las atribuidas a lo individual implantan el equívoco que se deriva del pensamiento en un solo origen, para algunos el mundo infantil a partir de la experiencia del desamparo inicial, sobre el modelo del nacimiento biológico, para otros postulando el origen exclusivo del sujeto en lo social.

A partir de la marca y la inscripción se abren dos caminos: el de la representación y el de la simbolización. La representación recrea lo inscripto del otro y constituye como objeto creado por las investiduras propuestas por el propio yo. Se asegura así la ausencia del otro y especialmente se asegura y se defiende de la presencia de la ajenidad del otro, aquello que por su naturaleza no podrá representar.

El camino de la representación consiste en preparar el yo para algo que nunca es posible, una nueva presentación como queda señalado en la paradoja fundante. La presencia del otro sistemáticamente elude y

excede la representación.

La simbolización consiste en hallar un término que sustituya al otro ausente. Contiene una ausencia y una presencia, la ausencia de aquello que hizo marca y la presencia de otro término que lo sustituye. Es del orden de lo subjetivo recurrir a ambas para anticipar el nuevo encuentro con el otro y encontrarse siempre con la paradoja fundante de la subjetividad: el otro que se espera, nunca coincide con lo inscripto y representado y simbolizado ya que ofrece sistemáticamente algo nuevo y lo hace desde lo "ajeno", aquello del otro que nunca se podrá inscribir. No obstante insistirá en intentarlo.

Se puede decir que una de las fórmulas de Freud para la tarea psicoanalítica en la sesión fue hacer consciente lo inconsciente, válido para la representación inconsciente y su relación con el deseo después de instalada la represión, donde la tarea es develar o descifrar el sentido. El trabajo con lo irrepresentable, con lo ajeno del otro, con lo nuevo, es hacer inconsciente lo consciente, esto es inscribible, en realidad sería velar el vínculo con el otro, y para esta tarea el sujeto no encontraría referencia en su pasado infantil constituido por aquello que fue representado y luego significado *après-coup*. Habría inscripciones inconscientes actuales que no remiten a las ya existentes. Aquí estaríamos ante la tarea de inscripción propia del análisis y de su carácter de novedad. La experiencia clínica indica que otras experiencias vinculares significativas se inscriben por primera vez en el psiquismo generando nueva subjetividad que suplementa la constituida en la infancia como ese período de inscripción de primeras experiencias originalmente ligadas a la autoconservación y a la sexualidad.

**Adenda I.** Un aporte original del psicoanálisis fue la postulación de un descentramiento del sujeto respecto del yo, un primer descentramiento que mediante la identificación primaria o quizá mejor sería llamarla originaria, con el padre o con los padres previa a la diferencia de sexos (Freud, 1921), aproxima y centra al yo en el sujeto. Este centramiento retiene una marca de fragilidad constitutiva porque se descentra en el sueño y en otras producciones como los síntomas, los lapsus o la despersonalización y la desrealización, allí donde el sujeto se vuelve momentáneamente ajeno del yo.

Otro descentramiento radical es respecto de un vínculo que le

otorga centramiento desde la relación con el otro, lo instituye como sujeto a partir de esa relación con ese otro ajeno a quien desde la percepción consciente registra fuera de sí. Estar el yo centrado respecto de su ser sujeto nunca es completo y las experiencias de rotura vincular brindan experiencias de des-sujetización, frecuentemente del tipo de despersonalización y desrealización como muy bien saben y describen las personas que pasan por una experiencia de pérdida de otro significativo: por muerte, divorcio, migración, etc. Estar fuera del vínculo es asimilado a estar fuera del yo y de sí mismo. Es como esa noción de distinta profundidad de los objetos generado en la visión binocular: producto de esa doble descripción, dada por los ojos vinculados, así serían ambos sujetos del vínculo. Toda visión de un solo ojo, distinta de la del otro es producto de algún tipo de lesión en el ojo, en el quiasma óptico o en algún punto del recorrido del nervio óptico hacia la corteza cerebral.

**Adenda II.** Una mamá da el pecho a su bebé. Si ambos invisten el acto de estar juntos para devenir vinculados (como dije antes, dos términos que no son sinónimos) a propósito de la esencial función de dar alimento por un lado y de comer-incorporando por el otro. El vínculo se constituye con la “presentación” de cada otro y una representación de un cuerpo, un espacio y un tiempo que lo constituye como sujetos de ese vínculo donde deben creer ilusoriamente que están en lo mismo y suponer que están ligados por el cuerpo puesto en contacto aunque uno estuviera ofreciendo materialmente el pezón y el otro la boca y la lengua. Pero veamos al pezón como construcción de vincular. Liga al pecho con la boca, ésta produce un pezón que inscribe una boca erógena que produce al pezón erógeno, a partir de lo cual es una pertenencia y adquiere sentido desde ambos. En la fantasía inconsciente el pezón tiene vida y representación propia y en lo interfantasmático es lo que relaciona constituyendo a cada uno en sujeto del vínculo. Se agrega una promesa de próxima vez. Su no cumplimiento es la realización de la caída del vínculo y obliga a otra representación. Cada vez es nueva para uno y otro. ♦